

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 338.

MADRID 7 DE DICIEMBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



LA VENGANZA DE LOS FINADOS.

De repente se abrió el valle y desembocó en un prado tan estenso que en el horizonte no se descubría ningún otro objeto; bien es verdad que ya era la hora del crepúsculo y comenzaban á centellear las estrellas en el cielo. Hicieron alto al borde de una llanura, y á fuerza de mirar atentos distinguieron en lo tanjanza algunos puntos luminosos. No hay cosa mas suave que esos fulgores que se arman en el crepúsculo como benignos faros que alientan al viajero á emprender de nuevo el camino. La naturaleza que durante el día atrae al hombre á la soledad, parece que sufre de noche con trabajo su presencia, impeliéndole á que se asocie con los demás hombres: no acoge de buen grado sino á los infelices.

Don Cristóbal y Leonor se persuadieron de que lo que descubrian eran las luces de la *Carlota*. Se dirigieron hácia aquel punto á pie, llevando don Cristóbal su caballo por la brida, para disfrutar con mas holgura los hechizos de una hermosa noche de verano; mas al cabo de media hora de camino no encontraron sino una casa aislada en medio de la llanura. Era un edificio de piedra de un solo piso: las rejas estaban á bastante altura y eran como las de una cárcel ó una fortaleza: hallábanse entreabiertas algunas; mas nada se traslucía á través del cortinaje de seda carmesí. Tiró don Cristóbal de una cadena que habia á la derecha de la puerta, sonó una campanilla y se abrió un postigo.

— ¿Quién sois? ¿Qué quereis? preguntaron con tosca voz.

— Viajeros extraviados que demandan hospitalidad por esta noche.

— Proseguid vuestro camino, dijo la voz; mejor pasareis la noche al raso. Y cerró de repente el postigo.

Algo amostazado don Cristóbal no pudo menos de dar algunos golpes en aquella implacable puerta; y todo lo que alcanzó fue estropearse las manos en los clavos que la guarnecian. Dió con Leonor vuelta al edificio para examinar si era accesible por algun lado: descubrió que no tenia mas entrada, y habiendo querido acercarse á las rejas se encontró con un foso bastante profundo que ceñia la casa por todas partes. Mientras, ignorando que partido tomarian, fijaban sus ojos en aquellas rejas resplandecientes entre la sombra, oyeron los sonidos de un laud y despues de un ligero preludeo cantó una muger con suma gracia:

Marinero valiente
y olé,
lánzate al golfo,
pues tu dicha consiste
en un arrojó.

Leonor experimentó profunda emocion al oír aquella cancion que la noche anterior la habia determinado á la fuga, y segun las apariencias habia decidido de la suerte de su vida. Terminada la copla, hizo Leonor una seña á don Cristóbal, y cantaron á duo el siguiente estribillo:

Mira no tardes
y olé,
que suele á cada paso
mudarse el aire.

Antes de que hubiesen concluido se abrió una reja; apareció detrás de sus hierros una gentil dama, y

oyó con atencion á los cantores. En seguida don Cristóbal dirigió la palabra á la señora de aquella mansion, y renovó su demanda tan implacablemente rechazada por el portero. Sacó la dama su brazo como en señal de asentimiento, luego la retiró y volvió á cerrar la reja. Pocos minutos despues se abrió la puerta, y salió el portero con una linterna en busca de los forasteros. Tomó el caballo de la brida refulfuando.

— Mas os valia haberos quedado fuera; pero ya que no me creisteis allá os las avengais.

Y sin volver siquiera el rostro se encaminó á la caballeriza. Presentóse un lacayo é introdujo á los huéspedes en un salon resplandeciente de luces. Los muebles y las cortinas, guarnecidas con franjas de oro, anunciaban una mansion donde el buen gusto se hermanaba con la opulencia. Veíanse en las cuatro esquinas tiestos de flores: las consolas estaban cubiertas de jarrones de porcelana de China, y al rededor de aquellas maravillas se veía un lujoso divan con cogines de seda carmesí. Allí habia sentadas tres personas: un venerable anciano vestido al estilo oriental con rico castán y un turbante de muselina tan blanco como su magestuosa barba, que descendia hasta la mitad de su pecho. A su lado habia dos jóvenes, adornadas con elegancia y hermosas como el dia. La que parecía de mas edad era morena y tenia en la mano un ramillete de rosas: la otra era rubia y sostenia entre sus dedos un laud de forma antigua.

Levantóse el anciano para saludar á los huéspedes, y nos dijo:

— Bien venido seais bajo mi techo: os presento á mis dos hijas, Amina y Raquel.

Raquel era la música.
Reparó don Cristóbal que las dos hermanas lleva-

ban preciosos guantes negros que las subian hasta el codo, y por consiguiente no permitian que se calculase la hermosura de sus brazos. Igualmente llevaba el anciano guantes negros, pero solo en la mano derecha.

Establóse la conversacion, y naturalmente los viajeros se vieron en la necesidad de decir quienes eran, de donde venian y adonde iban. Se guardó muy bien don Cristóbal de revelar la verdad; mas como lo que le sobraba era ingenio, improvisó una historia, segun la cual se llamaba don Fernando Tellez, recién casado, y se dirigia con su esposa á reunirse con su familia, residente en Jaen ó en sus alrededores. Compulsa, residente en Cádiz, y por consiguiente morisco de nacion y de religion. Habia vivido mucho tiempo en Córdoba, donde hizo fortuna en el comercio, pero pesadumbres y desdichas particulares le habian hecho odiosa aquella ciudad, y alejádole del trato de los hombres; de modo que se habia retirado con sus dos hijas y con su hermano á aquella mansion aislada donde vivian en paz, conservando las prácticas religiosas y las costumbres de su pais, sin ver nunca á nadie, sino de vez en cuando á algún pasajero extraviado en su camino, y á quien concedian con gusto hospitalidad.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

Hoy se reparte á los señores suscritores del Panléxico la entrega segunda del diccionario de la Rima. Esta hermosa publicacion sigue dándose con la misma belleza tipográfica, la misma delicadeza en su edicion y la misma limpieza en su papel. El editor no perdona medio alguno para llevar á cabo tan necesaria publicacion, y continuará del mismo modo á pesar de los grandes desembolsos que tuvo que hacer en el particular.

UNA NOCHE EN EL TEATRO.

(Conclusion.)

Desde esta época principiaron mis desgracias. No podré decirlo como he vivido, como he cambiado la conducta de mis primeros años; solo recuerdo como un sueño haber pasado seis meses en un pueblo en compañía de una amiga y parienta. Un día me dijo esta que puesto que mi madre no me habia hecho enseñar ningún oficio, creia que la carrera mas adecuada á mi carácter era el teatro.

Acopté sin reflexionar este partido, y por lo mismo que habia vivido con el mayor recogimiento al lado de mi madre, recatada y piadosa, me agradó mas la libertad que disfrutaba en mi nueva vida; ademas que no se me presentaba otra carrera.

— Sabéis una cosa? añadió Luisa interrumpiendo su discurso; que la práctica de una devoción sin límites ni discrecion, es á veces tan nociva como el ejemplo? Mil cosas que ignoraba cuando niña las he sabido despues de ser beata. La virtud no era en mi virtud, sino ignorancia.

— Hacia seis meses, continuó despues de una ligera pausa, que habia llegado de Sevilla, y el recuerdo de Enrique, primer amor mio, me perseguia, cual una sombra por todas partes, mas ahagüeno que nunca. Pero como me dediqué al teatro, profesion que hace á las mugeres inconstantes, creí que el amor consistia en el coquetismo, y mas viéndome con figura no despreciable. El conde G*** principiá á obsesarme, y sin amarle, sin sentir remordimientos por olvidar á Enrique, admití sus amores como

si fueran los de un padre cariñoso, porque desde aquel día no fui dueña de mis acciones.

— Y es él, el que nos acompañó ayer noche?

— No, me contestó turbada. Desde que principié nuestra conversacion, los remordimientos y el pesar se pintaron en el rostro de aquella muger, que se hallaba en el mayor grado de humillacion y abatimiento. No, continuó, no es él; me abandonó la noche que encontré á Enrique. Aquel es el solo día feliz de mi infortunada vida. Y comenzó á llorar.

— Era á principio de invierno; entró el conde en casa un día diciéndome si queria asistir aquella noche á un baile de máscaras que daba uno de sus amigos. Poco dispuesta me hallaba, pero como hacia dos días que me habia comprado un magnífico vestido; accedí, mas por agradarle, que por lucir el traje con que hacia realzar mi belleza; prenda que gustaba sobre manera al conde, y con el cual le parecia cada vez mas hermosa.

Sentaba tan bien á mi traje la cruz de oro, que me la puse, recordando al verla la noche feliz en que, adornada de flores, habia llegado á mis manos.

Entré, pues, muy triste en el baile. Me paseaba del brazo con otra máscara, cuando vino á interrumpirme la voz del conde.

— Luisa, me dijo, vámonos. En este momento me repitió al oído una voz infernal el nombre que acababa de pronunciar el conde. Habia tal amargura, tal ironía en el modo de decir Luisa, que deseando yo apagar aquel grito que penetraba hasta lo íntimo de mi corazón, me volví con rapidez para ver al que me hablaba. Un máscara de dominó era el que se alejó de mí; pero como estaba enmascarado no logró reconocerle.

El conde, que habia notado esta ligera escena, me preguntó quien era aquel máscara; nada pude responderle; por lo que se incomodó conmigo, haciendo á cada vez mayores deseos de reconocer al dominó.

«Paseábamos juntos, cuando volvió á acometernos el mismo máscara. Entonces ya no era un desconocido para mí; acababa de descubrir en él á Enrique.»

«El corazón me palpitaba con violencia, porque leia en el movimiento de sus labios las palabras que iba á pronunciar.»

— Que traje llevas tan bonito, bella máscara; estás muy linda, me dijo; solamente creo que esa cruz no está bien con él... quitatela. Quitármela, exclamé yo con firmeza, que desmentia el tambor de mi voz; ¿y por qué?

— Por qué, replicó con amargura; porque no debe servir de medio para vuestros devaneos.

«Mis ojos se fijaron en los suyos con mirar suplicante. Entonces él se inclinó á mi oído y me preguntó:

— Recordais el 27 de julio, el ramo y el billete sin nombrar?

«A penas pudieron mis labios pronunciar un mal articulado sí, cuando dirijí mi mano á la cruz.»

— Ya conocereis, añadió agarrando mi brazo, que tocaba su pecho, quien os lo ha enviado. — Toda mi esperanza existia allí. — Yo os amaba.

Al decir esto se alejó de mí. Le miré y me sentí próxima á desfallecer.

— Qué os decia ese hombre? preguntó el conde viéndome mis ojos inundados en lágrimas.

— Me hablaba de mi madre, dije yo turbada.

«El conde me hizo mil preguntas, á las que respondí con poco agrado.»

«Separóse de mí bruscamente y se fué. ¿Qué me importaba su ida cuando mi pensamiento entero le ocupaba el deseo de volver á encontrar á Enrique? Busquéle, pues, con el mayor esmero, y viéndole que estaba sentado en un sofá me coloqué á su lado.»

— Qué quereis? me dijo.

— Veros, le respondí, con la energia de un alma enteramente desesperada; deciros que yo tambien os amo.

El desprecio mas injurioso hizo palidecer sus labios; viéndome yo que sus ojos se encandian en cólera, no me atreví á continuar.

— Y yo... no solo no os amo... sino que os desprecio, añadió.

No puedo decirlo que pasó en mí por aquel instante; porque agolpándose á mi imaginacion los recuerdos de un amor que me devoraba, el desprecio y la humillacion que acababa de recibir, me hi-

cieron perder hasta la mas remota esperanza de poder conquistar su cariño.

— Y si no volviere jamas á ver al conde? le pregunté temblando.

— Qué me importa el conde?

— Vos me amábais! repetia yo con acento desesperado, y sin decirme.

— Si, os amaba, porque os creia inocente y pura; juré amaros eternamente, creyendo hallar cariño y virtud en vuestro corazón; pero cuando veo que es habeis degradado hasta el punto de trocar por el oro vuestro cariño, maldigo mil veces la funesta ceguera que por tanto tiempo ha seducido un corazón que solo respiraba amor. ¡Oh Luisa, que recuerdos tan horribles!!!...

Y escondia el rostro entre sus manos; yo tambien lloraba. Vamos, dijo él, cese esta cruel incertidumbre.

— Oh! no... yo nunca... nunca os abandonaré así; prometmedme al menos que volveré á veros.

— Jamas. Nada tengo que...

— Decidme ¿no me amais?

— No... no os amo: solo un recuerdo vago, misterioso, viene de vez en cuando á renovar en mi corazón el fuego de vuestro amor; solo entonces pienso en vos, como en una muger cualquiera.

— Pues bien, le repliqué yo en el tono mas suplicante por si podia vencer su obstinacion, conservadme ese amor sin estimacion que me profesais; pero quedaos á mi lado, dejadme estar al vuestro.

— A mi lado!... oh! no, allí no hallarais ese lujo y esplendor que ofusca vuestros sentidos, ese fausto que os embriaga; no, no, nada sois vos para mí.

— Enrique! le dije, juntando las manos y cayendo de rodillas ante él.

— Luisa, contestó, levantándose y apoyando esto palabra con afectacion insolente: la carretela del conde os espera.

Desde entonces no la he vuelto á ver mas, solamente hace algunos días que concurre al teatro, y él es quien me grangea tantos aplausos, porque ahora quisiera ser la primera artista del universo, ya que no puedo ser mas que una actriz.

Creis que he de olvidarle! dijo Luisa enjugando sus lágrimas.

Seria mi felicidad, la contesté besando su mano. Al día siguiente volví á hacerle otra visita: Luisa es hoy toda mi ventura!

TEATROS.

Cruz.

A las siete de la noche: La loa á S. M. que tanto ha agradado por su relevante mérito escrita por don José Zorrilla con el titulo de: LA OLIVA Y EL LAUREL. Seguirá la comedia nueva, en cuatro actos, original de los señores Doncel y Valladares, titulada: LAS TRAVEZURAS DE JUANA. Terminará con baile nacional.

Príncipe.

A las 7 de la noche. Se pondrá en escena el muy acreditado drama en tres actos y en verso, titulado: CECILIA LA CIEGUECITA. Terceto del baile La Encantadora, desempeñado por las señoras Finart y Díez y el señor Finart. Terminará el espectáculo con la divertida comedia en un acto, titulada: LAS ESPOSAS VENGADAS.

Circo.

A las siete y media de la noche: SAFFO, ópera seria en 5 partes.

NOTA. Mañana viernes á petición de algunos señores, se vuelve á reproducir el baile en dos actos GISELA O LAS WILIS, en el que la señora Guy Stephan desempeñará el primer papel.

IMPRESA DE BOIX.